

Si te fuera dado no haber nacido, mas feliz serias! No te desprendas de ese eden que gozas sin conocer sus inefabables delicias; pero ¡ay! ninguno puede gozar en esta tierra la felicidad. Tus ojos ya van siendo débiles para poder resistir aquella luz que rodea el trono del Eterno, tus piés ya no tiemblan, ya no necesitan apoyo, tu rostro varia, tus miradas descubren un nuevo fuego y en ellas se leen los gérmenes de las pasiones que se agitan en tu pecho queriendo estallar: alzas los ojos al cielo, y todo desapareció ante tu vista: ya caiste de aquella encantada region para venir al mundo á gozar y á sufrir. Despiertas cual de un sueño letárgico, levantas la mirada y todo cuanto te rodea es nuevo, todo ha variado, sientes latir con mas fuerza tu corazon, y dices admirado «¿soy el mismo?» sí, el mismo: si tu cuerpo ha mudado, si tu corazon angelical es ya el nido de fecundos gérmenes de odio y de amor, aquel insondable abismo aun existe; no serán sin objeto y sin fin tus anhelos, pero no por eso dejará deser tan profundo. Ahora corrés tras de los placeres y el amor, gozas de ellos y haces pedazos aquella ilusion que tu imaginacion creara: ya se ha desenvuelto uno de los gérmenes que encerraba tu pecho; pero en aquel momento el hastio ocupa el lugar del amor; y si apesar de ello crees en la infidelidad, los celos te destrozan; mas, no son efecto de aquí: no: son efecto del orgullo que al mismo tiempo se ha apoderado de tu cerebro. Quieres ser virtuoso, pero en vano: la sociedad, ese monstruo maldito con hermosa cabeza y flotantes velas que te convida con sus seducciones y que te despedaza con sus ocultas garras, te escarnece y se mofa de tí. Ambicionas glorias, y encuentras desengaños y adulaciones bajas. En verdad que si este estado durase, mejor seria morir. La cabeza se arde al choque repetido de mil y mil contrarias y terribles ideas; y los fuertes latidos del corazon parece van á romper los diques estrechos en que está encerrado.

Pero al lado de tan fieros contrastes, gozas dichas sin fin, felicidades sin cuento. Si la infidelidad los celos y el orgullo te despedazaban, un amor puro, angelical, eterno te colmará de placer. No maldigas á la sociedad por tus padecimientos: no bendigas ese mundo por los placeres que te causa: no: á ellos no los debes, es á tu corazon: es que estás en esa edad en que tu cerebro buelle, en que las ideas se agolpan sin número

á tu imaginacion, en esa edad en fin, en que el hombre goza y padece, y en que llena el objeto para que fué criado... Y si esa juventud es solo la edad de sufrir ¿porque el afan de perpetuarla? Pero ah! los dias del hombre estan contados y antes de perecer ha de pasar por las tres edades á cuya ley está sujeto. Ese fuego de imaginacion y de inteligencia que nada llena y que siempre avanza en su continuo afan, busca, y buscando encuentra un esqueleto descarnado y frio que le tiende la mano y que le cambia enteramente.

La vejez, sí, es preciso decirlo: la vejez es la edad mas terrible del hombre: el corazon seco de ilusiones, pero lleno de verdades, no corresponde con las fuerzas físicas del anciano; y entonces cuando parece que nada deberia ambicionarse por que la esperiencia le ha hecho sabio, los infortunios sufridos, y los años tranquilo, pues ellos estinguieron los gérmenes de todas las pasiones, entonces ambiciona vivir, entonces que ya puede gozar, no con el aturdimiento de la niñez, no con las ilusiones de la juventud, sino con una felicidad dulce y hermosa, parecida en algo á la de la virtud, le sorprende con su mano de hierro la destructora de las generaciones. La muerte. Ah! suspende tus golpes, deja que goce lo que tanto le costó adquirir. Nada! vibra su segur, y el niño, el jóven y el anciano feliz, caen bajo su pesado brazo. Ah! maldito destino de la humanidad; ¿no ha de ser nunca feliz el hombre? ¿qué sello de reprobacion está escrito en su frente? Dios poderoso, no habeis creado la felicidad para vuestra obra predilecta? Mas qué digo: no: no. Mi imaginacion se pierde, respetemos sus incomprendibles arcanos, y floremos en silencio nuestra pequeñez.....

Las edades del hombre son un estenso cuadro. Vese de un lado un ameno jardin hermoso y apacible y en él correr un niño con la vista fija en el cielo, tras la pintada mariposa, tras del cantor gilguero; y que despues se sienta á descansar para emprender de nuevo sus afanes. De otro un templo aéreo, rodeado de flores, sostenido por los amores y que dentro encierra la hermosura, el orgullo, los celos y todas las demas pasiones; y allá en lontananza se descubre el magnífico y sólido santuario de la felicidad, y subiendo á él un anciano encorvado por el peso de los años con paso débil y trémulo; pero en medio de su camino se abre la tierra á sus piés y desaparece... es que ha caído en los